

Ahora, Christianos: antes de hallar el fin ultimo que hoy buscamos, pongo fin à esta Doctrina con una parábola, que servirá de exemplo, y la refiere el piadosísimo Juan Raulino; (*t. 1. de Morte, c. 16.*) dice: que en cierta Ciudad, un Poderoso, estando à la muerte, hizo su testamento con una cláusula estraña, y rara; porque dixo, que instituía por heredero de su hacienda toda, que era mucha, al hombre que se hallára mas necio; y para esto les tomó juramento à sus Albacéas, de que lo cumplirían así. Dicho de necio, dirán, yá lo oygo. Pero vén aquí puestos en una gravíssima dificultad à los Albacéas, sobre determinar quien sería el heredero, porque necios à cada passo los hallaban; pero como havia de ser el mas necio, no era facil entre muchos necios determinar qual lo era mas. Visitaron muchas clases de necios, que no hay ahora lugar de referirlas; y continuando en sus diligencias, llegaron à una Ciudad, à cuyas puertas, entre muchedumbre de gente, y Ministros de Justicia, encontraron à un miserable hombre, que desnudo, y maniatado lo llevaban à ahorcar. Preguntaron al punto, que por qué? Porque este año acaba de ser Gobernador de esta Ciudad. ¿Por esso? Pues ha cometido algunos delitos? No señor; pero es ley que aquí hay, que el año que cada uno gobierna, se le dé gusto en todo quanto pidiere, y mandáre; que sea muy servido, y obedecido de todos; pero en cumpliendo el año, al punto sin remisión alguna, lo saquen fuera, y lo ahorquen, y esso vamos à executar. ¿Fuego, esso hay? Y con esso hay alguno que quiera entrar por Gobernador? es imposible, es imposible; porque ¿quién havia de querer esse Gobierno, aunque fuera de todo el mundo, habiendo tan presto de acabar su Gobierno en una horca? Y así no tendreis yá quien sea vuestro Gobernador. ¿Cómo no? entren en la Ciudad, y lo verán. Entraron, y vieron à uno, que con grandes ansias, diligencias, regalos, y dineros pretendia el Gobierno. ¿Esto sucede? dicen atonitos al verio: ¿tal hombre puede haver en el mundo? Pues ya no tenemos mas que cansarnos. Este, este es el mayor necio que hay, ni puede haver en el mundo. Y al punto le entregaron toda la herencia. Padre, me dirán, ¿dónde sucedió esso? Saben dónde? Aquí está sucediendo hoy, y está sucediendo en todo el mundo. Aquel poderoso que hace su testamento, es el mundo, que cada dia se vá muriendo: *Testamentum hujus mundi*, que dixo el Espiritu Santo: Dexa por heredero de todos sus bienes al mas necio. ¿Y quién es este? Tú, y yo, que sin mirar que todas las cosas del mundo, que todos sus deleytes, que todos sus gustos, que todas sus riquezas, y que todas sus honras no son mas que una horca, que infamemente ahoga, y que vilmente mata; con todo esso las buscas con tantas ansias, que por ellas olvidas el nobilíssimo fin para que Dios te crió: pues si nada puede de todo lo criado llenar nuestro corazon, si nada basta, ni del Cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, à darle descanso cumplido à nuestra alma; nada fuera de Dios, es el fin para que fuimos

criados: busquemos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud, y nuestra Gloria.



## PLATICA XII.

DEL FIN ULTIMO PARA QUE FUIMOS criados, que es solo Dios.

A 29. de Junio de 1690.

SI fuera tan facil de conseguir, como es facil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen, y lo que todos buscan; nadie havia que no fuese cabalmente dichoso. Prometióles en Atenas un Farsante à sus oyentes, que à la primera vez que se juntasen en el Theatro, les havia de ir adivinando à cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promessa fue esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad, y se apiñó de innumerable gente el concurso. ¿A vér cómo adivina? A vér que nos dice? Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por esso fuele ser tan poco el provecho. Yá juntos, y yá con los deseos impacientes, quando por oírlo adivinar no chistaban sus atenciones, el taymado, despues que puesto en el Theatro, les dió bien à desear su adivinanza, con mucha locarra les dixo: ¿Ea, qué vá, y que os adivino lo que teneis en el pensamiento? Pues mirad: *Omnes vultis vili emere, & caro vendere*: todos quereis comprar barato, y vender caro. ¿No es así? Miraronse los unos à los otros, y assomandoseles la risa à confesar la verdad: acertó, acertó. Debía de ser despacho de Flota, si es que para esto son menester despachos, los unos à comprar barato, los otros à vender caro. Esso teneis todos en vuestros pensamientos. Acertó, gritaba el aplauso. No acertó, ignorantes, dice, haciendoles callar S. Agustín, que es quien lo refiere. (*S. Agust. l. 13. de Civ. c. 3. It. Conc. 2. in Ps. 32.*) No acertó, que no todos tienen siempre estos pensamientos: muchos havia allí, que ni tendrían que vender, ni que comprar; muchos, que por conseguir una alhaja de su estimacion no reparan en que sea cara; y muchos tambien, que como compran para no pagar, se les dá muy poco del precio: que por esso quizá se dixo: El codicioso, y el tramposo presto se conchaban. Luego no à todos les adivinó el pensamiento.

Ahora; ¿mas que yo mejor os lo adivino? Pues mirad, todos deseais ser bienaventurados, conseguir el descanso, la quietud, y el gusto: ninguno quiere ser desdichado. *At si dixisset* (corrige Agustín) *omnes beati esse vultis, miseri esse non vultis, dixisset aliquid, quod nullus in se non agnosceret.* ¿No es así, Fieles? Hay alguno en todo mi auditorio; qué digo? Hay alguno en todo el mundo que no tenga estos deseos, estas ansias? Id preguntando uno à uno: ¿Soldado, qué buscas por tantos peligros? Tener despues descanso en la paz. ¿Navegante, qué bus-

buscas por tantos riesgos? Tener descanso alguna vez en mi casa. Oficial, Mercader, Labrador, hombre, muger, ¿qué buscas con el afán, con la diligencia, con la fatiga, con el cuidado? Qué buscas, qué deseas, qué quieres? El descanso, la conveniencia, el gusto: ese es el fin à que corren como lineas, buscando el centro, todos los cuidados de los hombres. ¿Pero quién en el mundo lo consigue? ¡Oh, Dios! Respondame uno solo de mi auditorio: qué digo de mi auditorio. Respondame uno solo del mundo. ¿Hombre, tienes cabal descanso, estás del todo contento? No tienes yá nada, nada que desear? Quién me responde? Quién ha de responder, si un Alejandro, Señor de todo un mundo, porque solo en relacion le faltaba otro, se pone afligido à llorar? ¿Pues valgame Dios! Este descanso cumplido, esta quietud entera, este gusto cabal, si todos lo buscan en el mundo, cómo no hay, ni ha havido en el mundo ninguno que lo halle? Yo os lo diré, dice S. Agustín, aun mas de experimentado, que de sabio, en el Libro de sus Desengaños, que él llamó Confesiones: (*L. 4. Conf. c. 12.*) *Non est requies ubi queritis eam: querite quod queritis; sed ibi non est ubi queritis.* ¿Sabeis por qué no hallais el descanso? Porque lo buscáis donde no está. El enfermo no envia por las medicinas à la platería, no, sino à la botica. El que busca una pieza de plata, vá à preguntar por ella en la botica? No viene à la platería? Pues si cada cosa se busca en el lugar donde está, si buscáis el descanso donde no está, ¿qué descanso queris? Buscadlo, buscadlo, no os digo que no busqueis: *Querite quod queritis*; pero sabed, que no está donde lo buscáis. Pues si lo hemos de buscar, ¿dónde está ese descanso, para que allí buscandolo lo hallemos?

Esta misma es la pregunta que hoy se nos sigue en el Catecismo: ¿Para qué fin fue criado el hombre? Oh, si la respuesta la pudiera yo gravar con una punta de diamante en todos nuestros corazones! Responde, pues, así: ¿Para amar, y servir à Dios en esta vida, y despues verle, y gozarle en la otra. Ese es nuestro fin: ¿ese es nuestro fin? Pues confieso, yo conozco que nuestro principio fue el mas vil, y el mas abatido del mundo: *Pulvis es*, somos polvo por nuestro principio; pero por nuestro fin, salga el Angel mas puro, salga el Querubín mas sabio; salga, salga el Serafín mas encumbrado, y digname si tienen fin mas noble, mas sublime, mas soberano. Hombres, para vér à Dios fuimos criados, para descansar en Dios, para poseer à Dios, para gozar de Dios. ¿Qué buscan nuestros deseos, si esto no buscan? ¿Qué solicitan nuestros cuidados, si esto no solicitan? No buscáis el descanso, la quietud, y el gusto? Pues el medio es servir à Dios en esta vida: todo lo demás es engaño. Venid à mí todos los que andais afligidos, que sois todos, os dice Jesu Christo. Venid à mí todos los que debaxo de la carga gemís afligidos al peso, que sois todos. Venid à mí, y yo os aliviare; tomad sobre vosotros el yugo de mi Ley, y hallareis el descanso: *Et invenietis requiem animabus vestris.* Puede ser el medio mas suave? No hay quien no pueda em-

prenderlo al punto. Si para entrar en el Cielo fuera menester ser Prelado, Principe, ó Monarca, podrían tener escusa los inferiores, los subditos, que no tenían medio para lograr tan alto fin. Si para vér à Dios fuera menester ser muy sabio, ser muy docto, quedaríanse siempre en tinieblas los ignorantes, sin llegar à gozar de aquella luz inmensa. Si para llegar à poseer aquel Reyno eterno fuera menester las riquezas, pobres de los pobres, quedaríanse entre sus gemidos, y las puertas del Cielo se les hicieran de diamante. ¿Pues qué medio basta para que podamos conseguir un fin tan alto? Qué diligencia para llegar à gozar aquel descanso eterno? Sola ésta, *servir à Dios en esta vida.* ¿Y esto fin distincion de persona? Sí, que si el pobre esclavo le ha servido, y el amo no ha guardado sus Mandamientos, el esclavo descansará en su eterno fin en el Cielo, y el amo padecerá fin fin en el Infierno. Si el plebeyo, si el abatido, si el pobre le han servido, se verán sublimados en la Corona; y el grande, y el poderoso, y el Monarca se verán en eterna infamia.

Dió, pues, Dios tan soberano fin sin distincion de personas, con igualdad à todos los estados, à todos los sexos, à todas condiciones de personas, para que no se engria el poderoso, viendo que el que ahora à sus puertas abatido le pide una limosna, que el pobre esclavo, que ahora tan humilde le sirve, será tan bueno, y tan glorioso como él en el Cielo, sino es que se le aventaje por sus obras en la gloria, para que no se aflija el pobre, el necesitado, y el enfermo, viendo que si él sabe lograr en el servicio de Dios esas temporales desdichas, le esperan felicidades eternas. Eso es quanto à las personas; ¿y en quanto à los medios para conseguirlo? Nada hay que nos estorve. Persuadamonos, oyentes míos; y esto no es piedad, sino fé, que todo quanto hay en el mundo, con todas sus criaturas, todos son medios, que nos previno Dios para conseguir nuestro fin, que es servirle, y gozarle. Quantas riquezas, y pobreza; quantas enfermedades, y saludes; quantas hermosuras, ó fealdades; quantas honras, ú deshonoras, todas son medios, ó para que el rico con sus riquezas le sirva, ó para que el pobre con sus necesidades le busque, ó para que el sano emplee en su servicio sus fuerzas, ó para que el enfermo logre con su paciencia sus dolores, ó para que el que se vé honrado, ajuste mas, segun sus obligaciones, sus obras, ó para que el que se ve abatido aliente sus procederes à ganar la honra eterna. Todos son medios, que nos ván encaminando à nuestro fin ultimo. ¿Pues qué nos falta para conseguirlo? Oh, Dios! Solo nuestro querer, solo nuestro querer.

Pensar esto, bastó para convertir aquel gran Cortesano, que refiere S. Agustín, (*Lib. 18. Conf. c. 6.*) era de los primeros en la familia del Emperador; y quando mas adelantado entre favores, y esperanzas, púsose à pensar en su fin. Valgame Dios! qué pretendo yo, qué busco con tan prolijas asistencias, desvelos, cuidados, y servicios? *Omnibus istis laboribus nostris quò ambimus pervenire?* Qué puedo



do yo alcanzar aquí quando mas feliz me suceda? La gracia del Emperador, su amistad, su privanza, esto es mas; y para esto ¿quántos peligros de caer, quántas emulaciones, quántas embidias? Y confeguida esta privanza, ¿quánto me ha de durar? Oh, Dios! Esto hay? Y todo esto es menester para ser amigo del Emperador? Pues, y si yo quiero ser amigo de Dios, ¿qué me falta? Nada, nada, solo con que yo quiera, lo seré al punto. Ahora, ahora seré amigo de Dios, si quiero. Oh, Señor, pues vuestro amigo quiero ser desde luego: *Amicus autem Dei, si voluerit, ecce nunc fit.* Almas, almas ciegas, y perdidas, ¿dónde andamos malogrando nuestras fatigas, y nuestros deseos? Apeteceis la honra, el esplendor, las riquezas? En Dios las hallareis infinitas, seguras, y eternas: *Gloria, & divitia in domo ejus.* Os tiran los placeres, los divertimientos, y las delicias? En Dios está el torrente inmenso, que inunda de deleites todos los Bienaventurados: *Et torrente voluptatis tuae potabis eos.* ¿Os agrada lo fazonado de las viandas, la variedad de las bebidas? En Dios está el compendio inmenso de todas las dulzuras: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine!* En Dios está como en su fuente toda la suavidad de las bebidas mas delicadas: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae.* En Dios están los banquetes mas abundantes, que satisfacen sin fastidio, que deleytan sin daño, y que facian sin hastío, sin molestia, y sin pesadumbre: *Satiabor cum apparuit gloria tua.* ¿Os divierte la hermosura de los campos, la amenidad de los jardines, la variedad apacible de las flores? Toda esta hermosura apacible en Dios la hallareis junta, sin que el Sol la seque, y sin que jamás el tiempo la marchite: *Et pulchritudo agri mecum est.* Y en fin ¿os roba las atenciones quanto en todo este mundo hay de maquinoso en su fábrica, de rico en sus minerales, de fazonado, y gustoso en sus frutos, de matizado, y vario en sus flores, de armonioso, y canoro en sus aves, de acomodado a vuestro servicio, y gusto en sus brutos, de rico, y brillante en sus piedras? Pues todo no es mas que un destello; no es mas que un rayo; no es mas que una gota de aquel inmenso mar de hermosura, de aquel Sol de infinita belleza: *Meus est enim orbis terra, & pulchritudo ejus.*

Yá, pues, entrad en consejo, interesados pensamientos míos; entrad en consejo: si podeis en un solo bien comprarlos todos juntos, ¿qué ceguera es la vuestra? ¿qué locura, que así perdeis este infinito logro por tantos daños? Si Dios es la suma de todos los bienes, ni hay que buscar debaxo de Dios, ni mas allá de Dios, dice San Agustín: nada debaxo de Dios, porque todo es frivolo, engañoso, caduco; nada mas allá de Dios, porque no hay nada: *Bonorum summa nobis Deus est, neque infra manendum est, nec ultra quaerendum quia alterum est frivolum, alterum nullum.* (Aug. in Proem. in Psalm. 121.) Pues si en Dios lo tienes todo, ¿qué buscas fuera de Dios, alma? Allí está el manantial de todas las felicidades, allí la fuente, que sin agotarse enriquece al mundo de

bienes, é inunda los Cielos de Gloria. Allí el centro de toda la tranquilidad, donde solo tendrán quietud todas nuestras ansias. Allí el fin, donde solo se podrán satisfacer todos nuestros deseos. Effe es tu Dios, alma, esse es tu fin; si éste consigues, todo lo consigues; si éste pierdes, todo lo pierdes: *Dios mio, y todas las cosas.* Aguardad: ¿quién decia esto? Un pobrecito, que nada tenia sobre la tierra; un humilde, que el lugar mas infimo escogia para sí en el mundo; un abatido, que se tenia por el lodo de las plazas; un Francisco: ¿no le conocéis yá? Pues esse pobrecito, esse humilde con solo tener á Dios, y no mas, no mas, todas las cosas tenia. Dios mio, y todas las cosas: *Deus meus, & omnia.* Pues ahora mira lo que decia al morir Enrique VIII. aquel sacrilego, aquel maldito, á quien el Infierno le sirve de infame corozca la Corona, que fue de la Inglaterra. Puso todo su fin en lograr todos sus apetitos, y entregó toda su alma á la mas bestial, y monstruosa torpeza. Repudiada su legitima Esposa, se amancebó con nombre de casamiento, con la vilísima ramera Ana Boleno, y por llevar adelante esta infamia, perdido á Dios el respeto, y al mundo la vergüenza, negó la obediencia á la Suprema Silla de San Pedro, y se hizo cabeza de la infernal Hydra de la Heregía Anglicana; destruyó en un año diez mil Templos; saqueó, y robó en este año mil Monasterios; asoló todas sus aras á la Religion, por erigir torpes altares á la impiedad; derramó rios de sangre Catholica; quitó muchas vidas, robó todas las haciendas; y lo que es mas lamentable, condenó innumerables almas. Y quando á desafueros de la tyranía, aun mas que á derechos de su Corona, lleno de riquezas, anegado en delicias, fumido, y atollado en torpezas, todavia su corazon estaba sin hartarse inquieto: y he aquí la muerte, que postrandolo en una cama, le hizo confessar la verdad; y yá para espirar entre los ultimos alientos, tomando esfuerzo, acabó su maldita vida con estas palabras: *Omnia perdidimus;* todo lo hemos perdido. Oh, qué verdad tan lastimosa! Perdiste, Rey desventurado, tu Reyno; perdiste tus riquezas; perdiste tus delicias; perdiste tus gustos; perdiste la vida temporal; y perdiste la eterna: perdiste tu alma, y perdiste la Gloria, solo porque perdiste á Dios, que era tu fin: *Omnia perdidimus.* Oh, Fieles, cotejad ahora este *omnia* de Enrique VIII. con aquel *omnia* de San Francisco. Enrique con todo un Reyno poderoso, solo porque pierde á Dios, todo lo pierde: *Omnia perdidimus;* Francisco desnudo, humilde, y pobre, porque solo tiene á Dios, todo lo tiene; Dios mio, y todas las cosas: *Deus meus, & omnia.* Oh! y si atendieramos á este fin en todas nuestras obras, en todas nuestras acciones, y pensamientos, encaminandolas todas á conseguirlo, y dexando todas aquellas, que de este soberano fin nos apartan! Esta es toda la sabiduría de los Santos, y ojalá que éste fuera todo el provecho de nuestras Doctrinas!

Cuenta Fray Thomás de Cantiprato, (in Ma-

*Mani. Exemp. ver. fin.*) que un mancebo havien- do ido á una feria, entrando en la plaza, iba visitan- do varias tiendas de diversas mercaderías; aquí los texidos, allí los lienzos, poblado todo, y furtido de mercaderías. Llegó en esto á una tienda del todo vacía, barrida, y sin muestra de nada. Estaba en ella un venerable viejo: ó fuese por curiosidad, ó por burlarse: ¿Señor, qué vende usted? le dixo, por- que aquí no veo nada. Lo que yo vendo, respon- dió muy mesurado el anciano, es la sabiduría. ¿La sabiduría? Ahora lo oygo: Estaba yo en que era re- galía fuya, que ni con los muchos dineros se com- pra, ni con los altos puestos se alcanza: pero pues usted dice, que la vende, vamos conchavando. Sea en buen hora. Pidióle el viejo una gran canti- dad, y de contado exhibióla. Y entonces el viejo le dixo: *Mira, en todas tus obras, en todas tus accio- nes piensa siempre lo primero, á qué fin has de lle- gar con ellas.* Está bien; pero venga la sabiduría, que yo cómpo. ¿Pues qué mas sabiduría quereis que esta? Yá os la he entregado. Cómo? Y esta es toda la sabiduría? Sí señor. No vale esto, llá- mome á engaño, venga mi dinero. Entendí yo que me havia de dár todo un tropél de noticias, todo un almacén de textos, y toda una flota de ciencias: Esto es sabiduría; pero esta vejez: ¿Con esto me viene ahora? Con esto, y en esto está toda la fuma de la sabiduría: anda, y nunca lo olvides, y escribe en todas partes, y en todas las paredes de tu casa esta sentencia, y allá lo ve- rás. No fue menester poco para apaciguar al man- cebo, que se daba todavia por engañado. Fue- se en fin, escribió la sentencia en su casa, y pu- sola patente: *En todas tus obras, &c.* Pasados al- gunos dias, ofreciósele, que vino un Barbero á afeytarlo, y havien- do yá empezado, advirtió que se suspendia, que se turbaba; y en fin parado, no acertó á profeguir. ¿Maestro, qué le ha dado? Yo lo confesaré claro, dixo él: Ha de saber usted, que yo, pagado de unos enemigos suyos, venía con ánimo de matarlo ahora; pero desde que en- tré, y leí aquella sentencia, que usted tiene allí escrita, empecé á discurrir sobre ella: ¿á qué fin puedo yo ir á parar con una accion tan injusta? y ésta me ha detenido, me ha turbado, á usted le ha dado la vida, y á mí me ha hecho confe- sarle la verdad. Entonces conoció el mancebo quan bien dado havia sido el precio que dió por la sabiduría, que en sí contiene esta sentencia. Oh! cómo mucho mejor lo experimentaríamos to- dos en nuestras obras, y en nuestras almas, si en todas partes tuvieramos escrita, y á los ojos esta sentencia del Catecismo: *¿Para qué fin fue criado el hombre? Para amar, y servir á Dios en esta vida, y despues verle, y gozarle en la otra.* Este fin soberano refrenaria nuestros apetitos, com- pondria nuestras acciones.

¡Oh, Dios de mi vida! Descanso cumplido de nuestros deseos, centro de nuestros corazones, principio de nuestra felicidad, y fin de nuestra gloria, que con sola tu vista inundas en el Cielo

en dulzuras tantos millares de Bienaventurados, y que con sola tu memoria rebosas de delicias en la tierra á tus Siervos: no permitas, Señor, que no- fotros seamos tan infelices, y de tan mal gusto, que dexando el dulce nectar de tus consuelos, bebamos con tantas ansias las repetidas hieles, que nos dá el mundo. ¿Hasta cuándo, Señor, tendremos olvida- da tu hermosura, que tiene de sí suspenas todas las Gerarquías de los Angeles, por buscar los placé- res en tantas apariencias engañosas, que nos mien- ten, y en tantos mentirosos placéres, que nos bur- lan? ¿Hasta cuándo la sed de nuestros deseos, dexando el impetuoso raudal de tus delicias, andará buscando las aguas turbias, y llenas de lodo de este Epypto, y las Cisternas rotas de este mundo? ¡Oh, Dios mio! ¿Cuándo correré á tí, como á mi centro? ¿Cuándo te buscaré, como á mi fin? ¿Cuán- do te abrazaré, como á mi descanso? Manjar So- berano, que solo satisfaces; dulzura, que sola de- leytas, derrama en nuestros labios una sola gota de tus infinitos placeres, y despreciaremos como amarguissimos agenjos todos los del mundo, y so- lo nos aprovecharemos de sus criaturas, como medio, no donde nuestro amor se detenga, sino por donde pisandolas, pasé á confeguir el fin de verte, y gozarte en la Gloria.

## PLATICA XIII.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS con que hemos de conseguir nuestro ultimo fin, que son la Fé, Espe- ranza, y Caridad.

A 6. de Julio de 1600.

Saber, poder, y querer, todo es menester que se junte, para que tengan logro en la execu- cion las obras. El que sabe, pero no puede, nada consigue: el que puede, pero no sabe, nada logra: el que sabe, y puede, pero no quiere, si sa- ber, y su poder de nada le sirve. Así que, para todas nuestras obras, y para todas nuestras em- presas, son menester siempre juntos estos tres in- finitivos: saber, poder, y querer. Pues estos son los que nos enseña el Catecismo. Yá veo, Padre, (me dice alguno) lo soberano, y precioso del fin ultimo para que fuí criado, que es Dios. Dios es mi fin ultimo. Yo lo confieso; pero si ese fin está tan escondido á mis ojos, tan retirado á mis sentidos, ¿cómo podré saber, y conocer lo que en ese fin tengo de bienes? Mas si ese fin está allá tan lejos, tan encumbrado, tan alto, pobre de mí, que son tan pocas, y tan débiles mis fuer- zas, ¿cómo he de poder conseguirlo? Mas tengo que oponer, y es, que si mis sentidos me están mostrando en el mundo las cosas amables, si mis apetitos me arrastran á quererlas, ¿cómo he de querer mas que todas un fin, que ni yo lo veo